

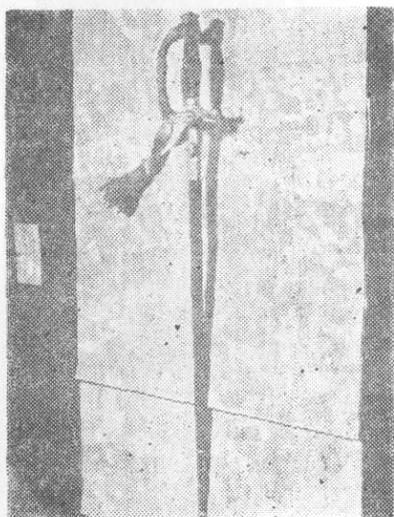
LA ACCION DECISIVA

“Eran las 5 de la tarde de ese mismo día martes, 3 de Noviembre de 1903, cuando se presentó por tercera vez al Cuartel el Generalísimo Juan B. Tovar. Noté que estaba preocupado porque enseguida comenzó a preguntarme “si yo sabía algo de lo que estaba pasando”. A lo que le respondí “que tenía algunas noticias”. Me preguntó entonces sobre la fidelidad de los Oficiales y de la Tropa. Yo le contesté: “General, en lo que a mi se refiere, puedo asegurarle que se dejan matar a mi lado. Ud. sabe que es la tropa más aguerrida y la que más ha peleado en esta revolución, pero estoy seguro de que también sabe Ud. que es la más abandonada y olvidada por parte del Gobierno”.

“Al escuchar mis palabras el Generalísimo Tovar, en voz alta exclamó otra vez: “Viene un gran convoy, no se preocupe”.

“Mientras el Generalísimo conversaba conmigo sentado en una de las bancas que había en la portaleda del Cuartel, la misma que se brindaba a los visitantes, para que descansaran, se presentaron los Generales Ramón G. Amaya, Joaquin Caicedo Albán, José N. y Angel M. Tovar, sobrinos estos dos últimos del Generalísimo”.

“Tanto el General Amaya como los sobrinos del Generalísimo, estaban muy nerviosos, al extremo de que, cuando el Capitán Clodomiro Alfonso con su Guardia les iba a hacer los honores militares que les correspondían por su rango, los rehusaron. Amaya y sus compañeros nos informaron que el pueblo se encontraba reunido en Santa Ana y que tenía una actitud sospechosa. Pero al parecer el más preocupado era Caicedo Albán porque, dirigiéndose a nosotros en tono fuerte y brusco nos dijo: “y Uds. sentados todavía, habiendo ya peligro? ¿Qué piensan hacer? Tenemos que actuar”.



“Espada que el General llevaba cuando ordenó el arresto de los Generales”.

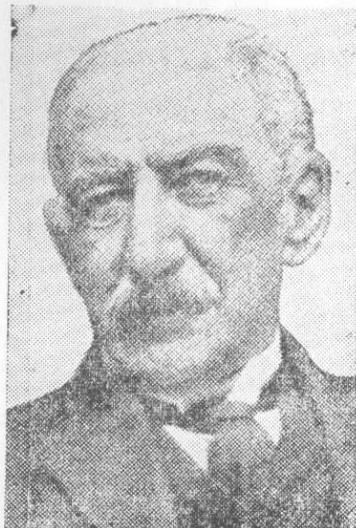
“Comprendi, por las expresiones y el estado de ánimo del General Caicedo Albán, que había llegado el momento crítico para mí, y que quizás me quedaban unos pocos minutos de vida, por lo que separándome del Generalísimo Tovar, me dirigí a Caicedo Albán y le dije: “No se preocupe General, no tenga cuidado”. Seguí entonces conversando con el Generalísimo, que ya se había parado y se encontraba frente a los otros Generales, y observé que éste con insistencia los miraba a todos, lo que me permitió ver cuando el General Ramón Amaya, con un rápido movimiento le hizo una señal al Generalísimo Tovar para que me volara los sesos. Como me encontraba desarmado y sin dejarles comprender que había observado el movimiento, le dije al Generalísimo Tovar: “General, concédame permiso para preparar algunas piezas de artillería para lo que pueda suceder.” A

en la parte de afuera de la muralla, con espada en mano se abalanzó hacia los Generales, diciéndoles: "Señores, están Uds. presos". El Generalísimo Tovar furioso le preguntó si no conocía al Jefe de los Ejércitos colombianos y tratando de echar mano a su revólver, obligó a Salazar a colocarle su espada en el costado derecho.

"Entonces, el Generalísimo Tovar comenzó a gritar "HUERTAS, HUERTAS, EN DONDE ESTA HUERTAS?". Yo que había tomado ya el comando de esa Guardia y que le estaba dando órdenes, me asomé a la ventana y le grité al Capitán Salazar: "Proceda Capitán sin contemplaciones. Aquí se cumple lo que yo ordeno. La suerte está echada. Llévelos al Cuartel de Policía". Seguidamente llamé al Comandante don Fernando Arango, Jefe de ese Cuerpo y le dije: "Comandante, ahí le mando unos presos. Guárdeles consideraciones pero asegúrelos. La escolta se quedará allá para mayor seguridad".

"Sin embargo, me aguardaban los momentos más difíciles de mi vida, que hubieran podido ser adversos y fatales a la libertad del Istmo, y en los cuales intervino innegablemente la bondad y la sabiduría de la Divina Providencia. Presos y asegurados como ya estaban los Generales, había que tomar innumerables precauciones, por lo que ordené a la Guardia de Prevención — que ya estaba toda bajo mi mando — que calara armas e hiciera frente hacia la salida del Cuartel con el fin de prevenir hechos inesperados. Pero la Guardia no me obedeció en esos momentos y observé que algunos soldados se miraban unos a otros y hablaban entre sí. Sin demora saqué mi revólver, lo levanté en alto y les grité: "NADA DE MIEDO, AQUI TENGO ESTO, CALEN ARMAS Y ALERTA". A esta segunda orden la Guardia obedeció ciegamente y entonces me parecía que había descansado de un gran peso".

"Serían las 5:45 de la tarde, una tarde llena de sol y un cielo limpio y azul cuando los Genera-



*Generalísimo Juan B. Tovar.
"El General Huertas ordenó
su arresto y el de su Estado
Mayor".*

les que habían venido a asesinarme, a silenciar y amordazar al pueblo panameño, con el fin de hacer sucumbir sus anhelos de justicia y libertad, salían de la Plaza del Cuartel de Chiriquí, en el centro de una Escolta que comandaba el capitán Marco A. Salazar, secundado por el Sargento Manuel Samaniego. Iban con la cabeza inclinada hacia el suelo según me lo informaron quienes pudieron verlos a su paso”.

“Las tres visitas del Generalísimo Tovar el mismo día 3 de Noviembre al Cuartel de Chiriquí, precipitaron los hechos ya que yo había pensado desde la segunda vez que me visitaron, apresarlos durante las horas de la noche mientras la banda del “Batallón” amenizara el homenaje que se les iba a tributar. Esta decisión se la había comunicado de manera muy confidencial en la tarde del mismo día 3 a mi fiel amigo “Chale” Zachrisson, quien parece se la confió al Dr. Amador Guerrero, ya que en la última visita que me hizo “Chale”, me expuso ciertas razones del Dr. Amador, quien estaba en desacuerdo con esta idea mía de la prisión de los Generales a la hora mencionada, alegando que podría precipitar un gran derramamiento de sangre”.



Capitán Marco A. Salazar.

*“con valor y temeridad,
cumplió las órdenes del
General Huertas”.*

“Cuando observé que el Capitán Salazar había entrado ya a la Calle Primera para seguir luego por la calle donde estaba la casa de “las Ardila” ordené un toque de corneta con el fin de que salieran todas las unidades del “Batallón” y tomar así posiciones estratégicas para defendernos en caso de un ataque. También se montaron algunas piezas de artillería en diferentes lugares, replegué y regué a la tropa con sus respectivos Oficiales para que pudieran así, dominar todas las entradas y lugares por los que se podía llegar hasta el Cuartel. Mientras hacía todos estos preparativos no dejaba un momento de alentar a mis soldados y oficiales, exhortándolos a que se mantuvieran leales y firmes a la nueva República, de manera que no se perdiera la libertad é Independencia que habíamos conseguido”.

“No habían llegado todavía los Generales al Cuartel de Policía cuando el pueblo panameño, como en olas difíciles de contener, comenzó a avanzar, viniendo a su cabeza el General Domingo Díaz acompañado de su hermano don Pedro, don Carlos Clement, el Dr. Carlos A. Mendoza, don Harmodio Arosemena, el capitán Pedro J. de Icaza, el Coronel Víctor Manuel Alvarado, don Pancho de la Ossa, don Archibaldo E. Boyd, don Carlos Constantino Arosemena, el Capitán Pedro Vidal E., don Agustín Argote, don Edmundo Botello, Dr. Santiago Vidal, alias Cuba y otros patriotas que me resulta difícil recordar por el momento”.

“En esta forma comenzó el pueblo a entrar por las bocacalles que había, pero desarmado como estaba, tuvo un instante de vacilación que lo hizo retroceder y replegarse rápidamente, al observar las guerrillas armadas que yo tenía estacionadas por todas partes. Al ver esta actitud del pueblo ordené a la primera línea de tiradores que descansaran armas, momento que aprovechó el General Domingo Díaz, que se había quedado solo en el centro de la Plaza con el Capitán Pedro J. de Icaza, don Pedro Díaz y otros amigos, para adelantarse y llegando hasta a mí, me estrechó en un fuerte abrazo, diciéndome: “General Huertas, nos ha salvado. Le debemos la libertad”. A lo que le repuse: “Se le debe a Ud., a sus amigos y al pueblo que lo ha acompañado. El misterio de nuestras consignas ha dado resultados, General”.



*Comandante
Fernando Arango.*

*“Jefe de la Policía, le tocó
recibir a todos los
detenidos”.*

“Pasado el momento de incertidumbre comenzó el pueblo a avanzar de nuevo entrando hasta al mismo Cuartel y pude ver entonces y estrechar las manos de innumerables amigos como el General Manuel Quintero Villarreal, Coronel Guillermo Andreve, Antonio Alberto Valdés, Enrique de la Ossa, Coronel Juan Antonio Jiménez, “Chale” Zachrisson, mi compadre Pastor Jiménez”, etc. etc.

“Como sabía, que tanto el pueblo como sus jefes se encontraban sin armas, personalmente comencé a indicarles que llegaran hasta el mismo centro de la plaza del Cuartel donde ya los Capitanes Clodomiro Alfonso y Luis Gil, por orden mía, estaban depositando todo el “parque”, que del Cuarto de Armas les iba entregando el Capitán Ricardo Romero. En la repartición de las armas cooperó el Capitán Pedro J. de Icaza, veterano y aguerrido militar que había tomado parte en numerosas acciones de guerra durante las revoluciones colombianas”.

“Pero en medio de todo este trajín y de esta gran confusión, noté la ausencia del General Francisco de Paula Castro, quien desde que llegaron los Generales por última vez al Cuartel, había desaparecido. Ordené que se le llamara, pero como no respondiera, le dije al Subteniente Antonio Díaz G.: “Búsqueme a ese cobarde y me lo trae aquí enseguida”. Algunos minutos después regresó el Subteniente Díaz, trayendo al General Castro, a quien encontró encerrado en cuclillas, en un retrete. Lo arresté y lo mandé al Cuartel de Policía, con el mismo Subteniente Díaz, dándole instrucciones de entregárselo al Comandante Arango”.



*Subteniente
Antonio Díaz G.
“encontró al General Castro
escondido en un retrete, lo
arrestó y se lo llevó al
General Huertas”.*

Policía, al señor de Obaldía, quien allí fue recibido por el Comandante de dicho Cuerpo, señor Fernando Arango. Pocas horas después don José Domingo fue libertado por órdenes expresas que mandé con el mismo Valdés, en vista de que se comprobó que este caballero había respaldado, hasta donde le fue posible, el movimiento separatista, a pesar de su delicada posición de Gobernador del Estado.

FUEGO DEMOSTRATIVO

Entre los tantos problemas que se me presentaron en esas horas inolvidables de confusión y sobresaltos, figuraba el de la "Flotilla de Guerra" que se encontraba fondeada en la Bahía y cuyo jefe, el General Leonidas Pretelt, a quien los acontecimientos lo habían tomado de sorpresa, ya que los ignoraba por completo, circunstancia que lo hizo aparecer al principio como que no estaba de acuerdo con ellos. Más, cuando al General Pretelt le explicaron detalladamente las causas y los motivos que determinaron la Independencia del Istmo aceptó ésta muy complacido, ya que también había formado un hogar digno en Panamá y contaba además, con innumerables amigos, tanto en el pueblo como en la alta sociedad. Por eso fue que el General Pretelt le dijo al General de Obarrio —quien lo había acompañado sin dejarlo un momento — "Nini, después de todo esto que ha pasado, lo mejor es que yo me vaya para mi barco". Este le contestó: "Tú no te vas Leonidas, porque ya los barcos son de



DETUVIERON AL GRAL. PRETELT



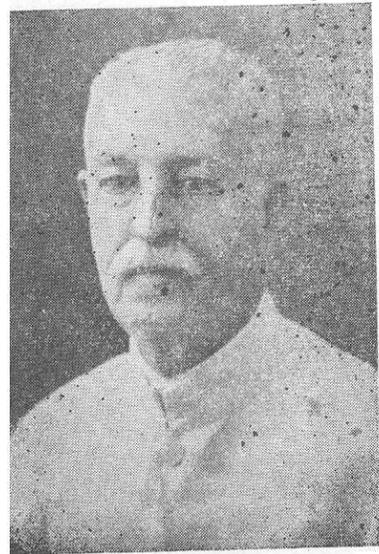
Dr. Eduardo Chiari,



Don Antonio Burgos,



Don Raúl Calvo,



Don Eduardo Icaza,